

Comunidades de solidaridad

José M. Tojeira, S.J.

El término comunidades de solidaridad ha aparecido en general en textos marginales de la literatura altermundista. En 1995 la Congregación XXXIV de la Compañía de Jesús recogió el término y lo ligó con los esfuerzos que desde la fe debemos hacer para transformar el mundo en que vivimos. En el decreto dedicado a "nuestra misión y la justicia" se menciona tres veces. La primera vez afirmando que "la plena liberación humana, para el pobre y para todos nosotros, se basa en el desarrollo de comunidades de solidaridad, tanto de rango popular y no gubernamental como de nivel político, donde todos podamos colaborar en orden a conseguir un desarrollo plenamente humano"¹. Tras ésta declaración sobre la importancia de este tipo de comunidad se exhorta a crearlas: "En cada uno de nuestros diversos campos apostólicos debemos crear comunidades de solidaridad en búsqueda de la justicia"². Y finalmente, haciendo una relectura de los criterios apostólicos ignacianos de mayor necesidad, mayor fruto y bien más universal afirma que "el criterio de mayor fruto (apunta) a los ministerios que puedan ser más eficaces para crear comunidades de solidaridad"³.

En esta misma línea, y poniendo nada más un ejemplo muy reciente, en el tema de formación de un sector de los claretianos españoles, dedicado a la solidaridad con los pobres y excluidos, se decía que en la lucha contra la exclusión puede ser una aportación importante "la creación de comunidades de solidaridad que se constituyan en parábolas de ese nuevo mundo inclusivo de todas las personas"⁴.

¹ CG XXXIV, 3, 10

² Ibíd. 3, 19

³ Ibíd. 3, 22

⁴ Secretariado Solidaridad y Misión. Claretianos de Bética, tema de formación 2008-2009

En ambas menciones se destacan los dinamismos humanos y sociales que llevan a la transformación y al cambio de estructuras locales y mundiales construidas sobre dinamismos individuales, que mantienen en el campo económico lo que se llama en el lenguaje común la ley del más fuerte. Ley que se sigue concretando hoy en las tendencias excluyentes de nuestras sociedades, que condenan a la pobreza y la violencia estructural a grandes grupos humanos. Pobreza que convive escandalosamente con sectores minoritarios que gozan de todos los beneficios del desarrollo y de los adelantos tecnológicos en una comunidad mundial cada vez más interconectada y consciente de las graves diferencias que la estremecen y aquejan.

A.- La crisis de un mundo insolidario

No hay duda que la solidaridad es al mismo tiempo una carencia en el mundo en que vivimos, un anhelo de muchos y una preocupación permanente en el quehacer cristiano. Solidaridad que crece y se desarrolla en la medida en que la propia humanidad va tomando conciencia de su propia igualdad en dignidad y viendo, simultáneamente, la terrible e injusta realidad que la rodea. Ya Pío XI en 1931 denunciaba con fuerza “el imperialismo internacional del dinero para el cual, donde el bien, allí la patria”, y las terribles consecuencias del mismo⁵. Esta situación la reafirmaba con un tono especialmente duro Juan Pablo II cuando en el año 2003 decía que “hoy más que ayer, la guerra de los poderosos contra los débiles ha abierto profundas divisiones entre ricos y pobres. ¡Los pobres son legión! En el seno de un sistema económico injusto, con disonancias estructurales muy fuertes, la situación de los marginados se agrava de día en día”⁶.

En el campo no religioso Jesús Conill, profesor de ética en la Universidad de Valencia, España, menciona esta misma guerra

⁵ Quadregesimo Anno, 109. El imperialismo del dinero era visto por el pontífice como un hecho grave para la convivencia puesto que generaba violencia y pérdida de valores, según se puede desprender del siguiente texto, previo al que citamos: “Esta acumulación de poder y de recursos, nota casi característica de la economía contemporánea, es el fruto natural de la limitada libertad de los competidores, de la que han sobrevivido sólo los más poderosos, lo que con frecuencia es tanto como decir los más violentos y los más desprovistos de conciencia” (107).

⁶ Pastores Gregis, 67

como un panorama general cercano al genocidio: “No olvidemos la otra guerra económica global, la existente entre los ricos y los pobres, cuyas repercusiones sociales son muy graves. Cabría pensar que se trata de una guerra de exterminio o, cuando menos, de marginación. Porque ya no se necesita su población –son demasiada gente, se dice- y cada vez se necesitan menos sus materias primas; al parecer sólo los necesitamos como basurero”⁷.

Esta guerra se concreta sistemáticamente en estructuras de consumo no viables, que a su vez tienen su origen en modos de apropiación individual de la riqueza producida colectivamente, que benefician exclusiva y excluyentemente a sectores minoritarios de la población mundial. No faltan los expertos que dicen que si los patrones de consumo norteamericanos se extendieran a potencias emergentes, como China e India, los recursos y materias primas de la humanidad se terminarían en pocos años. Hay ciertamente bienes que no son universalizables, pero que se presentan como signos de calidad de vida, de desarrollo, de estatus, indispensables casi para ser considerado persona. Y que por lo tanto todo el mundo aspira a poseerlos, creando desasosiego, desarraigo e incluso rebeldía violenta en quienes se ven privados del acceso a los mismos.

Siendo como son universales los problemas que enfrentamos, no basta la ética individual para superarlos. Las nuevas tecnologías nos ofrecen los mismos mecanismos que hoy predominantemente se usan para oprimir y/o excluir, y las redes internacionales de solidaridad se multiplican también en dirección liberadora. Pero sin vivencia comunitaria que profundice opciones y radicalice coherencias será difícil vencer la maquinaria de los poderes establecidos que maquilla, miente y manipula mentes y conciencias. “Ante retos universales no cabe sino la respuesta de una actitud ética universalista, que tiene por horizonte para la toma de decisiones el bien universal, aunque sea preciso construirlo desde el bien local”⁸. Curiosamente, y dando un salto hacia 500 años atrás, teniendo en cuenta que “son muchos los que piden (misión) mirando más sus propias obligaciones espirituales con sus ovejas,

⁷ Jesús Conill, *Globalización y ética económica*, en *Papeles de Ética, Economía y Dirección*, 5

⁸ Jesús Conill, *Ibíd.*

u otros cómodos”⁹, San Ignacio insistía en que se reservara al Superior la capacidad de decidir a dónde enviar a las personas. Sabiendo que “el bien cuanto más universal es más divino”, apostaba a favor de que el Superior, generalmente con mayor capacidad de ver y aplicar desde una visión universal los criterios concretos de mayor necesidad, mayor fruto e incluso mayor posibilidad de persecución, decidiera los campos de trabajo. Pero con todo y ello, para los apostolados concretos seleccionaba no sólo los más adecuados, según cada necesidad, sino incluso los más complementarios (pedía que las misiones se dieran de dos en dos si se podía), para realizar desde la complementariedad y el diálogo el mayor fruto. En otras palabras, insistía en que la universalidad tiene que realizarse siempre en la particularidad, lo universal en el cuidado de lo local, la concepción de que la humanidad es una, en una comunidad pequeña que sepa salir desde su experiencia mística interior hacia la universalidad del Reino.

B.- Hacia la solidaridad como único camino de salida

Frente a esa realidad de guerra contra los pobres han ido surgiendo cada día más estructuras solidarias a nivel internacional, y se han multiplicado los esfuerzos de grupos y personas que bajo diversos nombres han hecho avanzar la idea de una comunidad internacional fraterna y la convicción de que la humanidad es una y debe por tanto ser solidaria. El Concilio Vaticano II, integrando las respuestas a los problemas mundiales en la doctrina del bien común, recomendaba la colaboración de los católicos “con todos los hombres de buena voluntad para promover cuanto hay de verdadero, de justo, de bueno, de amable (Fil 4, 8)” y proponía como misión laical “promover este sentido de solidaridad (entre los pueblos) y convertirlo en sincero y auténtico afecto de fraternidad”¹⁰. Sin embargo, y a pesar del crecimiento de las estructuras y los compromisos personales de solidaridad, la necesidad de crear una nueva cultura solidaria y a partir de ella una transformación del mundo en que vivimos, sigue presente y cada vez más desafiante en un mundo cada día más desigual y al mismo tiempo más cercano y conocido. Crece el número de personas que se unen y buscan caminos frente a las injusticias existentes

⁹ Ignacio de Loyola, Constituciones 618 y ss.

¹⁰ Vaticano II, Decreto sobre el apostolado de los seglares, 14

insistiendo en la afirmación de que "otro mundo es posible"¹¹. Y es desde estas experiencias en las que lo global y lo local se encuentran, desde donde de diversos modos surge la idea de las comunidades de solidaridad.

Con frecuencia se tiende a contraponer la idea de libertad individual con la solidaridad. Incluso no faltan quienes viendo la solidaridad como indispensable en las primeras etapas de la vida humana y en la dimensión familiar, tienden a sobredimensionar la individualidad a partir de la edad juvenil o adulta. Como si la dimensión comunitaria nos ayudara exclusivamente en las primeras etapas de la vida, donde la debilidad y la vulnerabilidad humana es más fuerte, y en las etapas de la formación. Pensando que una vez formado es el individuo autónomo el que determina su propio entorno. Y que aunque tenga algunas obligaciones de solidaridad, es el cultivo de su propia individualidad la primera y fundamental opción de su existencia. El mundo se cambia –nos suelen decir- y avanza desde los liderazgos individuales exitosos, y las sociedades caminan detrás de los personajes carismáticos.

Sin embargo las sociedades sólo se transforman y mejoran en la medida en que se asumen valores comunitariamente. Las ideas básicas de sociología nos dicen que el carisma creativo de los individuos sufre con el paso del tiempo una forma de rutinización¹². Rutinización que es una manera de asumir socialmente el carisma del fundador de un movimiento, iglesia, etc., y convertirlo en práctica social-cultural. Dentro de estos procesos hay diversas maneras de asumir lo creativo y con frecuencia de generar nuevas creatividades desde lo que se va, con la rutinización, convirtiendo en tradición. De este modo, las comunidades pueden incluso recrear el carisma aportando nuevos enriquecimientos al mismo, o sumergirse en una práctica estricta y fija de las normas a las que se haya traducido el carisma. Esto último suele llevar a las comunidades a la decadencia.

¹¹ Como movimiento social creciente, que aglutina a múltiples comunidades y organizaciones sociales y religiosas, el altermundismo cobra especialmente fuerza a partir del Foro Social Mundial reunido en Porto Alegre, Brasil en el 2001, que es a su vez continuación del primer encuentro mundial en Seattle, y reacción a las reuniones del gran capital mundial en Davos, Suiza .

¹² Ver Max Weber, Economía y sociedad, y ahí lo referente a las formas legítimas de dominación.

En este contexto queremos iniciar el acercamiento a las comunidades de solidaridad. En un primer momento diríamos que comunidad de solidaridad es aquella en la que sus miembros viven la solidaridad hacia el interior y hacia el exterior como vínculo principal de su unión y de su acción. E incluso que viven la solidaridad hacia adentro no tanto como el fin primordial de su relación comunitaria, sino como el resultado de estar unidos por unos mismos sentimientos de solidaridad ante los problemas existentes. La solidaridad hacia fuera sería lo primordial, y la solidaridad interna el resultado de ese mismo espíritu solidario que lanza a la comunidad hacia fuera de sí. Incluso el deseo de modelar una individualidad rica, se mueve y se gestiona comunitariamente mirando al exterior y a la construcción del bien más universal.

Lo que define a estas comunidades es la solidaridad, no entendida como espectáculo o campaña, sino como profunda compasión y anhelo de justicia al lado de los más pobres y desde los pobres. La solidaridad no se puede definir como un favor a otro, realizado desde el que tiene y dirigido benevolentemente hacia el que no tiene, sino como una necesidad profunda de devolver dignidad a quienes han sufrido el despojo de la misma. “La solidaridad recuerda la injusticia y los derechos pendientes de los no-sujetos que luchan desde y con la razón de los vencidos y hace suya la causa de los vencidos y olvidados de la historia”¹³. Ignacio Ellacuría insistía con razón en que los ideales utópicos (la libertad de todos posibilitando la libertad de cada uno), cuando son asumidos “por las mayorías populares, llegan a convertirse en una fuerza mayor que la fuerza de las armas”¹⁴. Pero este llegar a asumir valores utópicos hoy en día solamente se puede lograr, con los grados de participación y conciencia adecuados para el cambio, desde la vivencia comunitaria.

Evidentemente la solidaridad tiene una serie de referencias básicas que no podemos eliminar. El ser humano es necesariamente solidario dada su alta vulnerabilidad ante la naturaleza. La asociatividad es necesaria para la vida más allá de la extrema dependencia de otros seres humanos que tiene la persona en las

¹³ Ernesto Vidal, Derechos de Solidaridad, en “Glosario para una sociedad intercultural”, pg 102, Valencia 2002

¹⁴ I. Ellacuría, Escritos Teológicos II, pg. 272, San Salvador 2000

primeras etapas de la infancia. El diálogo es indispensable para el propio desarrollo de la personalidad y para el crecimiento plenamente humano. Pero sobre todo en la definición de la solidaridad queremos incluir el aspecto de incondicionalidad inherente a la misma. En la parábola del buen samaritano el acercamiento a la víctima es fruto de la compasión y es sentido como un deber inmediato, incondicional y que responde a lo más hondo de la propia identidad humana. Y ese espíritu samaritano, hoy, aunque puede continuar dándose individualmente, debe, para ser eficaz, convertirse en cultura. Cultura, que como hemos dicho, sólo se construye comunitariamente. En una sociedad como la nuestra, que legisla especialmente sobre los deberes negativos, y deja los deberes positivos para el ámbito de la decisión privada, solamente desde las comunidades que asumen la generosidad y la gratuidad como principios de acción se puede subvertir y cambiar una cultura que castiga al que roba, aunque sea por necesidad, y premia al que comercia ventajosamente arrebatando sus bienes a los pobres, y derrocha y exhibe posteriormente su riqueza mal habida.

Desde el punto de vista cristiano la unión entre comunidad y solidaridad cobra una dimensión estructural. Las primeras comunidades, que sin duda lo eran de fe, eran simultáneamente comunidades donde la solidaridad se valoraba de tal manera que cualquier mentira o hipocresía al respecto tenía una sanción ejemplar (Hechos 1, 11)¹⁵. La solidaridad es la antesala del Reino, y en la conocida parábola del Juicio Final de Mateo 25 se menciona como condición "sine qua non" para contarse en el lado de los elegidos. El hecho de que Dios quiere "que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1 Tim 2, 4), y el anuncio de que el Reino culmina siendo Dios "todo en todos" (1 Cor 15, 28), nos indican claramente que la construcción y el avance hacia el Reino en esta tierra pasa por la solidaridad.

El Reino anunciado como gracia final definitiva también nos señala que toda comunidad terrena, incluso la eclesial, tiende necesaria y definitivamente a su consumación. Ello debe llevarnos siempre a nuevas formas de comunidad interhumana cada día más abiertas a la solidaridad y más dependientes de la misma.

¹⁵ También pueden considerarse en este contexto las maldiciones que Pedro lanza contra Simón el mago, cuando pretendía tener "poder" espiritual para conseguir dinero, (Hechos 8, 20-24)

Pues si la comunidad, Iglesia incluida, es un camino hacia el amor absoluto que, como todo camino, desaparece al llegar a la meta definitiva, el amor, que pasa en el mundo necesariamente por la solidaridad interhumana, no desaparecerá y será lo único que permanezca unido definitivamente a Dios.

C.- Comunidad de solidaridad: un nuevo estilo de vida

No podemos obviar que en los modos de construir comunidad puede haber, y hay, formas comunitarias pecaminosas y resultados que niegan lo auténtico y profundo de una comunidad en el sentido pleno. Los ejemplos son muchos y se repiten a través de la historia con diversas formas: La esclavitud, las sociedades de castas, la masificación y la manipulación de las masas, los fascismos con toda su dinámica racista y/o nacionalista, la tendencia a establecer separaciones de clase, a compararse grupalmente y actuar según se vea a los del otro grupo como superiores o inferiores, la exclusión, o incluso formas comunitarias donde conviven mecanismos de ayuda mutua (pensemos en las maras) con una autoestima que se conquista a base de aplicar a otros la ley del más fuerte de formas terriblemente crueles y delictivas, han estado presentes como variantes deformadas de comunidad.

Frente a esta realidad, la comunidad cristiana, aun con todos sus pecados y errores, ha manifestado continuamente en su historia acercamientos muy diversos a ese Reino que se acerca a nosotros en la medida en que construimos solidaridad. La comunidad primitiva compartía los bienes, nombraba diáconos que atendieran a los pobres, fomentaba la generosidad y el compartir. La tendencia permanente en la Iglesia no deja dudas al respecto. E incluso cuando en la Iglesia, en pleno tiempo martirial, comenzaron a haber desviaciones, las reprimendas fueron muy duras. Negarse al amor era en boca de Clemente Romano blasfemar el nombre del Señor¹⁶. El Pastor de Hermas insistía en la dimensión práctica del amor: "El que conoce la calamidad (pobreza) de tal hombre y no le libra de ella, comete un gran pecado y se hacer reo de la sangre de él"¹⁷. San Agustín, hablando precisamente

¹⁶ "Cuando ven que (los cristianos) no solo no amamos a los que nos aborrecen, pero ni siquiera a los que nos aman, se mofan de nosotros y se blasfema el nombre". 2 Clem.13, 3-4

¹⁷ Hermas, Comp.X, 4, 3.

de la solidaridad, introduce la opción radical de la eliminación de la necesidad y la pobreza como ideal: "Aunque merece alabanza por su obra y acto de caridad el que se duele y compadece de un miserable, con todo y eso más quisiera él, si es legítima y verdaderamente misericordioso, que no hubiera males de qué compadecerse"¹⁸. Las citas podrían multiplicarse y los ejemplos en el surgimiento de la vida monástica y religiosa, Francisco de Asís y otros muchos, nos indican que en la Iglesia el tema de la comunidad y del amor pasaba simultáneamente por la denuncia y la construcción de nuevas experiencias de vida fraterna y solidaria. Ese dinamismo llega hasta nuestros días y tras el Vaticano II se multiplica en una infinidad de experiencias, muchas de ellas con un claro matiz laical. Sin embargo, dada la tendencia a despersonalizar algunos elementos de la vida comunitaria (piénsese en las relaciones virtuales, en las simplemente de ocio y diversión superficial, etc.), podemos afirmar que hoy es más importante que en otras épocas el reforzar desde la fe cristiana y desde los dinamismos comunitarios las experiencias de fraternidad común y solidaria.

La comunidad de solidaridad ora en común. Pero su oración está transida del deseo de la venida del Reino y del compromiso por acercar la historia humana a ese Reino que llega como gracia y como don. En ese sentido este tipo de comunidad no puede caer en el culto a la seguridad del grupo cerrado, que convierte la convivencia y la solidaridad en una especie de oasis en medio de un mundo injusto, hostil y dominado por el afán de dinero. Ni tampoco convertirse en un espacio en el que el desahogo frente al mundo malo se compensa con la alegría de sentirse ya salvados simplemente por desmundanizarse.

Ignacio Ellacuría solía repetir que frente a situaciones de injusticia había que dar siempre tres pasos, si se quería superar la situación: *Hacerse cargo de la realidad*, conocerla a fondo, analizarla con la mayor precisión posible en primer lugar. *Cargar con la realidad*, saber que la realidad injusta pesa y se revuelve agresivamente contra quien la enfrenta, sería el segundo paso. Y finalmente *encargarse de la realidad*, ser capaz de deconstruirla y reconstruirla sobre bases justas y solidarias. Si en los tiempos en los que hablaba Ellacuría la comunidad se suponía, hoy, en estos tiempos de globalización que impulsan hacia relaciones humanas

¹⁸ S. Agustín, libro III, capítulo 2

cada vez más individualistas y menos personales, la necesidad de comunidad se vuelve todavía más urgente para poder enfrentar la triple tarea propuesta.

En ese contexto la comunidad de solidaridad fomenta la unidad entre su miembros pero no se queda en la exaltación de la relación yo-tu, arropada por un nosotros que excluye a quien está más allá de las fronteras del grupo. Ni mucho menos practica un paternalismo que reparte migajas de su bienestar desde la relativamente mayor fortaleza y seguridad que da la unión de muchos. La poesía mística de San Juan de la Cruz, decía bellamente que "Buscando mis amores – iré por esos montes y riberas, - ni cogeré las flores, - ni temeré las fieras, - y pasaré los fuertes y fronteras"¹⁹. Ese ascetismo que llega hasta la ruptura de las propias y mundanas fronteras, estalla en la recuperación de una alegría de la creación que mira todo en la hermosura del Amado ya encontrado. Y aunque el poeta santo no lo dice, este camino se propone para una comunidad a la que no se quiere alejar del mundo, sino precisamente ayudarla a recuperar la mundanidad afincada en la creación desde la experiencia mística.

La figura de San Francisco Javier, lejos de su comunidad fundacional, llevando en un relicario los nombres de aquellos que le acompañaron en su nacimiento apostólico, recordándoles en todo momento como fortaleza e impulso en medio de las soledades y los riesgos de su aventurero recorrer el oriente asiático, muestra con claridad los valores de una comunidad de solidaridad capaz de expandirse y simultáneamente seguir siendo operativa en la distancia a través de los vínculos naturales de amistad fortalecidos y reafirmados por la fe. Y que incluso es capaz de convertir la distancia, que normalmente rompe los vínculos comunitarios, en un nuevo vínculo de unión más potente que la cercanía, en la medida en que está amarrado a un ánimo común, valerosamente ejemplar, que brota de la misma fe compartida.

La comunidad de solidaridad, en ese sentido, es el lugar desde donde se inserta amorosamente en el mundo el cristiano, viendo, juzgando y actuando desde la vivencia del Evangelio que la fraternidad comunitaria ha enraizado en la propia personalidad. La Iglesia en América Latina insiste, al hablar de la comunión de

¹⁹ Juan de la Cruz, Cántico espiritual, 3

los discípulos misioneros, en que la comunión con Jesús se da comunitariamente. Es Jesús el que invita a los doce a acudir “a un lugar solitario para descansar un poco” (Mt 6, 31-32) y para explicarles, en otras ocasiones, el camino y el futuro del Reino²⁰. Y de una manera potente y misteriosa al mismo tiempo, esta comunión profunda del pequeño grupo se reproduce apostólicamente en las comunidades de base y pequeñas comunidades que tienen la virtualidad de desplegar “su compromiso evangelizador y misionero entre los más sencillos y alejados, y son expresión visible de la opción preferencial por los pobres”²¹. Es significativo cómo en este contexto de las pequeñas comunidades los obispos en Aparecida establecen una conexión entre la intimidad del grupo y la posibilidad desde el mismo de llegar “a los alejados, a los indiferentes y a los que alimentan descontento o resentimientos frente a la Iglesia”²².

Esta fuerza expansiva de la comunidad pequeña que se comprende a sí misma como misionera, es la única que puede, de fondo, garantizar una nueva cultura, contribuyendo desde ella a ese otro mundo posible desde los valores del Reino. Ignacio Ellacuría hablaba de la necesidad de construir una nueva civilización, que él llamaba provocativamente de la pobreza. Y la llamaba así porque estaba convencido que sólo desde los pobres podía venir creatividad y nuevos caminos para la vocación eclesial de ser sal, luz y fermento en el mundo. “La civilización de la pobreza –nos dice Ellacuría– propone como principio dinamizador, frente a la acumulación del capital, la dignificación por el trabajo; un trabajo que no tenga por objetivo principal la producción de capital, sino el perfeccionamiento del hombre. El trabajo visto a la par como medio personal y colectivo para asegurar las satisfacciones básicas y como forma de autorrealización, superaría distintas formas de auto y hétero explotación y superaría al mismo tiempo desigualdades no sólo hirientes, sino causantes de dominaciones y antagonismos”²³. Pero esta civilización, añadía Ellacuría, no se logrará sin la participación de los que él llamaba “pobres con espíri-

²⁰ Documento conclusivo de Aparecida, 154

²¹ *Ibíd.* 179

²² *Ibíd.* 310

²³ I. Ellacuría, *Utopía y profetismo desde América Latina*, en *Escritos Teológicos II*, pg 275

tu". Personas que mantienen una esperanza cristiana comunitariamente vivida, con una clara dimensión también intrahistórica, aun en medio de las situaciones más difíciles de represión, pobreza, exilio político o campamentos de refugiados.

Esta nueva civilización, en cuanto nueva cultura creada desde la generosidad humana y la solidaridad, sólo será posible desde una apropiación de los valores cristianos más utópicos, vividos comunitariamente con el doble dinamismo de ser testimonio ("cómo se quieren"), y ser misioneros, apóstoles y profetas de una radicalismo evangélico que trata de historizar la utopía del Reino.

Comentando triunfos y fracasos D. Quijote se preguntaba a sí mismo: "¿Hay encantos que valgan contra la verdadera valentía?" Y se respondía inmediatamente: "Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible"²⁴. Más allá del quijotismo individual, sólo la comunidad de solidaridad, sea cual sea su propio estilo, permite discernir lo que es encantamiento de los modernos encantadores de serpientes y lo que es utopía realista y humanamente realizable. Y alienta a lanzarse con valentía evangélica a la construcción de ese "otro mundo posible" que se acerca solidario y justo, al Reino que viene hacia nosotros como don amoroso y definitivo.

²⁴ Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, pg 677, Madrid 2004